

La masacre haitiana de 1937 en *Les semences de la colère* de Anthony Lespès y *El Masacre se pasa a pie* de Freddy Prestol Castillo

Ibeth Guzmán
Departamento de Español
Universidad Autónoma de Santo Domingo

Resumen

Este artículo estudia el proceso de construcción del imaginario literario de la masacre haitiana de 1937 en dos novelas paradigmáticas: *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo. Partiendo de presupuestos teóricos que vinculan la novela con la historia, el testimonio y la sociedad, así como de la literatura comparada, analizamos la forma en que desde ambas posiciones narrativas –la dominicana y la haitiana– se percibe ese acontecimiento que marca las relaciones entre la República Dominicana y Haití.

Palabras clave: masacre de 1937, novela, novela histórica, novela testimonial, identidad.

Abstract

This article studies the process of construction of the literary imaginary of the 1937 Haitian massacre in two paradigmatic novels: *Les semences de la colère*, by Anthony Lespès, and *El Masacre se pasa a pie*, by Freddy Prestol Castillo. Starting from theoretical assumptions that link the novel with history, testimony and society, as well as from comparative literature, we analyze the way in which from both narrative positions - the Dominican and the Haitian - this event that marks the relationships between the Dominican Republic and Haiti.

Keywords: 1937 massacre, novel, historical novel, testimonial novel, identity

A manera de introducción

Existe una literatura que forma parte esencial del imaginario cultural del pueblo dominicano y haitiano. En ella se registra la conducta humana en un espacio y un tiempo determinados. En este trabajo analizaremos dos novelas (una haitiana y una dominicana) que tienen como tema central la masacre haitiana del 1937, un hecho horrendo ordenando por el dictador Rafael Leonidas Trujillo. Ambas poseen carácter testimonial.

Estas narraciones son *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo. Desde el punto de vista de la calidad literaria, las dos representan dos novelas que toman como diégesis narrativa la masacre o “el corte” de 1937.

Aunque estas novelas fueron escritas hace varias décadas, el hecho que les dio origen, sucedido hace 80 años, se mantiene presente en la agenda común de Haití y la

República Dominicana. Desde la esfera literaria, las narraciones de Lespès y Prestol Castillo nos permiten pensar en la vinculación histórica de estos dos países, unidos por una realidad de tiempo y espacio insoslayable, que tienen la tarea de comprender aquel suceso y, sin olvidar la realidad del hecho consumado y el valor sensible del suceso, a través de un conocimiento desprovisto de complejos, encontrar espacios de pensamiento que nos sirvan de base para lo que en verdad somos: dos sociedades unidas por los valores de la humanidad.

Para este estudio, hemos partido de ediciones cualificadas de las novelas. En el caso de la novela haitiana, se trabajará sobre una edición facsímil de la primera edición de *Les semences de la colère* de 1949 publicada en 1970 por la editorial Kraus Reprint. En el caso de la dominicana, *El Masacre se pasa a pie*, se trabajará con la octava reimpresión de la primera edición publicada en 1973 por Editora Taller.

1. Sobre el origen de *Les semences de la colère* y *El Masacre se pasa a pie*

La novela *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, fue publicada en 1949. El autor afirma que terminó de escribirla en el 1943. En el caso de *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, la primera edición data de 1973. Aunque en el prólogo de esta narración se dice que la escribió durante los días de la masacre, en verdad no existe ninguna prueba que lo demuestre. Por tanto, lo único comprobable es que se trata de una publicación de la década de 1970. Aunque para 1949 el escritor dominicano Miguel Alberto Román había publicado *Compay Chano* –una especie de reproducción narrativa de la versión oficial trujillista sobre aquellos hechos de 1937–, debido a su valor altamente propagandístico

no suele ser tomada en cuenta por el canon de la novela dominicana, que considera como primera pieza importante la de Prestol Castillo.

1. Objeto, valores teóricos, contexto histórico y diseño metodológico

Este artículo constituye un extracto de un estudio más amplio. Tiene por objeto estudiar el proceso de construcción del imaginario literario de la masacre haitiana de 1937 en estas dos novelas, lo que implicará el esbozo del marco histórico que les sirve de sustancia temática; el contraste de visiones desde las que ambos textos asumen la masacre de 1937; observar las actitudes de los personajes con relación al hecho histórico, y, finalmente, examinar los puntos de vista sobre la masacre en las dos narraciones. Las respuestas que obtengamos nos permitirán conocer de manera sistemática las distintas posiciones que los escritores y la repercusión de cada una de las dos novelas analizadas.

Nos apoyaremos en diversos valores teóricos, empezando en la compleja definición de la novela como género. Igualmente, la vinculación entre sociología y literatura y entre novela e historia. Así mismo será útil detenernos en las teorías en que se basa el género novelístico testimonial.

Las diferencias, los valores, los conflictos y los acontecimientos compartidos, por más dolorosos que hayan sido, configuran un imaginario colectivo que marca las relaciones entre la República Dominicana y Haití. Por esta razón, y en particular, se necesita construir un proceso de análisis sistemático para la interpretación adecuada de la evolución de la narrativa dominicana y haitiana sobre esa época. Las dos novelas seleccionadas exponen distintas

perspectivas del hecho histórico de la masacre haitiana del 1937, aprovechando tanto la capacidad de los autores para recoger informaciones testimoniales sobre los hechos como la de reflejar su visión propia del acontecimiento.

El contexto histórico en que se coloca la masacre de 1937 se remonta a los conflictos hegemónicos entre la España y la Francia de los siglos XVII y XVIII, que conllevaron la división geográfica de la isla de Santo Domingo. Luego de declarada la nación haitiana, y particularmente después de la independencia dominicana de 1844, el problema sobre los límites fronterizos fueron motivos para diversos conflictos entre ambos países. Estos conflictos confluyeron en la masacre ordenada por Trujillo contra haitianos residentes en la parte dominicana, en octubre de 1937, y ejecutada por militares y paramilitares.

La versión del gobierno dominicano fue que había sido el resultado de enfrentamientos entre ladrones haitianos y campesinos dominicanos. De las causas de la matanza existen muchas versiones. La más socorrida es la motivación racial (Vega, 1995). También se afirma que se originó en la necesidad de deslindar los límites fronterizos y expatriar a los haitianos que estuvieran del lado dominicano (Monclús, 2010; Paulino, 2016). Otra explicación la achaca a una exageración en la interpretación de las palabras del dictador, quien durante una borrachera había ordenado la matanza (Balaguer, 1998; Mejía 1960). Existe una versión, menos socorrida, que la atribuye a supuestos planes de Trujillo de invadir a Haití (Jiménez Grullón, 1980; Martínez Almánzar, 2010). Posiblemente las razones para la masacre se encuentren en un complejo cóctel de motivaciones, como se infiere de Clime (2009): “en este sentido debemos valorar el

particular peso de las redes de influencias derivadas, las realidades económicas, y todo el desquiciante ambiente político y la manera en cómo Trujillo, en tanto figura histórico-política asimiló las mismas (p. 165).

El diseño de este estudio es transversal, con metodología hermenéutica-interpretativa, basado en el enfoque cualitativo. Los tipos de investigación aplicados fueron el documental, en tanto se utilizaron documentos esenciales, en especial las dos novelas del estudio, la descripción, pues se requirió el planteamiento de una situación social que dio origen a los textos analizados, y el histórico, en tanto el estudio conllevó la revisión de documentos que colocan el análisis en un ámbito diacrónico.

2. Historia, sociedad y testimonio en la novela. Algunas puntualizaciones epistémicas

En general, la novela es un género literario que participa del acto de habla y del acto estético construyendo un discurso propio, epocal, polifónico y artístico. El estudio implica una necesaria vinculación entre historia y novela, pues como afirma Bajtín (1989), la novela es una expresión “puramente compositiva de organización de las masas verbales. A través de ella se realiza en el objeto estético la forma arquitectónica de acabamiento artístico de un acontecimiento histórico o social, constituyendo una variante de la *culminación ética*” (p. 25).

Fuera de las aclaraciones sobre su origen y los rasgos que la distinguen de otros géneros narrativos, ¿qué es una novela? Ante esta interrogante, muchos novelistas definen el género como una constante recuperación de la inagotable

experiencia humana, mientras que los teóricos analizan la producción novelística de una época y temática producidas en los países de cultura literaria pujante, para detectar los elementos comunes entre ellas y, a partir de este ejercicio, definir rasgos fundacionales que deben estar presentes en una novela.

Lukács (2016) habla de “la epopeya de una época para la cual no está ya sensiblemente dada la totalidad extensiva de la vida, una época para la cual la inmanencia del sentido a la vida se ha hecho problema, pero que, sin embargo, conserva el espíritu que busca la total” (p. 84). Para este autor, la novela es la única esperanza de comprensión de la vida a la que están sujetos los habitantes del mundo moderno: en ella el ser humano está conminado a encontrar el sentido de la vida. Para Goldman (1975) esta expresión narrativa es un calco de la sociedad que la engendra: “En nuestra opinión, la forma novelesca es, en efecto, la transposición al plano literario de la vida cotidiana en la sociedad individualista nacida de la producción para el mercado” (p. 24). En otras palabras, la estructura de una sociedad se verá reflejada en la estructura de la novela. Entre la esperanza de autoconocerse y el calco de estructuras de la sociedad, Fuentes (1993) propone que “La novela es, a la vez, arte del cuestionamiento y cuestionamiento del arte... pues la novela es el arte que gana derecho a criticar al mundo sólo si se critica a sí misma” (p. 31). De esta manera, se considera una fuente inagotable de preguntas y un arte que no cesa de cuestionar y cuestionarse.

3.1 La sociología de la literatura como marco de referencia

Para realizar nuestra investigación partiremos de los postulados más importantes de la sociología de la literatura,

aspecto de la teoría literaria que considera la relación entre literatura y sociedad. Esto resulta importante para comprender la experiencia literaria. Wellek & Warren (1959) entienden que la literatura posee una función o uso social, más allá de la experiencia creativa individual, debido a que involucra diversas instituciones sociales. Por su parte, Goldman (1975) sostiene que una obra literaria es “el resultado, a un nivel de coherencia muy elevado, de las tendencias propias de la conciencia de tal o cual grupo, conciencia que es preciso concebir como una realidad dinámica, orientada hacia un cierto estado de equilibrio” (p. 27). Para este autor no hay posibilidad alguna de que un escritor no revele en su obra el constructo social de la época donde fue formado.

Finalmente, Fournier Marcos (2006) sostiene que la literatura, más que un reflejo de la sociedad, cuenta en primera persona sus realidades y apunta que la Revolución Mexicana se puede comprender mejor leyendo a Vasconcelos o Azuela. De manera, pues, que detenernos hoy en día en *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, más que un simple acto lúdico o cognoscitivo de lectura, es una forma de reconstruir desde la sensibilidad una época, de reinsertarnos en un fragmento visceral de la historia de las dos únicas naciones que comparten una isla en el continente americano.

3.2 La novela histórica

No se puede explicar la novela histórica sin entender que la caída de Napoleón, la Revolución francesa y la lucha revolucionaria hicieron de los procesos de la historia una experiencia colectiva, de masas. En apenas dos decenios los pueblos de Europa sufrieron más guerras que en toda su historia. Estos enfrentamientos bélicos

traieron consigo cambios sociales hasta llegar a la sustitución de la aristocracia por la burguesía. En este punto, afirma Lukács (1966): “En este sentido, la historia viene a ser un crecimiento "orgánico" (...) La evolución histórica se acomoda sin escrúpulos a los intereses de estos objetivos políticos reaccionarios, y la mentira interna de la ideología reaccionaria alcanza alturas aún mayores” (p. 24). De ahí surge la necesidad de periodizar la historia y de reconocer que la burguesía naciente fue el producto del enfrentamiento y derrocamiento de la aristocracia. Por tanto, hay que hablar de historia para hablar de la novela histórica.

Sobre esta amalgama de acontecimientos, nace, con Walter Scott, la novela histórica. Según Lukács (1966): “La novela histórica de Scott es una continuación en línea recta de la gran novela social realista del siglo XVII” (p. 30), y destaca la capacidad de este autor para vivificar los tipos histórico-sociales. Esta vividez es lo que distancia a Scott de los novelistas realistas que le precedieron, quienes daban por sentado que las costumbres de su tiempo eran realidades que al lector podían imponérseles porque sí. Lukács (1966) plantea una definición de novela histórica: “de lo que se trata en la novela histórica es de *demostrar* con medios *poéticos* la existencia, el "ser así" de las circunstancias históricas y sus personajes” (p. 46)

Hay que entender entonces que, en el ámbito de la ficción, una novela histórica reproduce una época o periodo histórico lejano, preferiblemente, en el que toman parte personajes y eventos no ficticios. En otras palabras, son históricos los personajes y los eventos y no así el periodo en el que se les enmarca. Diferente esta clase de narración, está la novela de ambientación

histórica donde la época es real, más no así los personajes ni los eventos. Existe también lo que es la historia novelada, donde todo es real e histórico, pero contado con las fórmulas narrativas de la novela.

3.3 La novela testimonial

Les semences de la colère, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, implican el elemento testimonial. Testimonio y novela son dos valores presentes en la narrativa contemporánea. De la novela testimonial no existe una teoría definitiva ni clasificatoria. Muchos la consideran un híbrido entre el periodismo de investigación y la narración. Por supuesto, hay quienes sostienen que este tipo de narraciones no son literatura. Pero esa es una polémica que ahora no vamos a resolver y tampoco entraremos en las disquisiciones que arrastra. Un punto de convergencia al hablar de novela testimonial, es considerar a *Operación Masacre*, publicada en 1957 por el periodista argentino Rodolfo Walsh, como la primera obra de este híbrido o género. Este relato parte de una investigación periodística sobre el fusilamiento de cinco civiles durante el levantamiento cívico-militar de corte peronista en contra del régimen encabezado por el general Juan José Valle en Argentina. Con esta narración, Walsh desmonta por completo la historia oficial.

En el contexto teórico hispanoamericano, la novela testimonial empieza oficialmente con la publicación en 1966 de *Biografía de un cimarrón* del narrador cubano Miguel Barnet. Su visión de la novela testimonio puede resumirse: “La primera característica que debe poseer toda la novela testimonio: proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo y

describiéndolos por uno de los protagonistas más idóneos” (Barnet, 1998, p. 288). En esta clase de textos, se busca escapar de las trampas de la memoria para auscultar la verdad implicada en los hechos pretéritos, como indica Ricoeur (2003) después de haber estudiado las posturas de Bergson y Husserl: “Esta exigencia de verdad especifica la memoria como magnitud cognitiva. Mas precisamente, es en el momento de reconocimiento, con el que concluye el esfuerzo de la rememoración, cuando se declara esta exigencia de verdad (p. 80).

3.4 Historicidad y testimonio en *Les semences de la colère* y *El Masacre se pasa a pie*

Peu après Lascahobas, le plateau immense avait ouvert sa grande bouche d’herbe et de fraîcheur. La route avait tourné à gauche, brusquement, et l’auto s’était lancée contre un paysage crispé, convulsé, qui déroulait ses plans hachés en contrebas, à perte de vue vers le Nord (Lespès, 1970, p. 1).

Con el sonido del rumor, la fuerza y el golpe brusco de las palabras que encontramos en el párrafo anterior, inicia *Les semences de la colère*. La marcha del auto será la huida, el abandono de la tierra conocida, para el internamiento brusco en ese *paysage crispé, convulsé*, que encerrará el destino del hombre, la tristeza del haitiano que escapó de una muerte física para refugiarse en otra muerte existencial. Anthony Lespès publica en 1949 una novela basada en el hecho ocurrido doce años antes. El autor era agrónomo. Debido a esta condición profesional, le correspondió dirigir la colonia Billiguy, establecida para un grupo de campesinos sobrevivientes de la masacre de 1937, como informa Fumagalli

(2015). Esta condición, si bien no da al autor una cualidad testimonial sobre la masacre haitiana, sí lo convierte en testigo del asunto de su novela, que es la vida de las víctimas en la colonia, lo cual sin dudas le permitió conocer los testimonios directos de los campesinos sobrevivientes.

Cuando Lespès saca a la luz esta novela, Trujillo, según Vega (1990), en el prólogo a la edición en español de *Las semillas de la ira*, lo acusa de ser “autor de una novela que pretendía basar los hechos, desnaturalizándolos, en los incidentes fronterizos de 1937” (p. III). Esta declaración del dictador deja claro dos aspectos de esta narración. Lo primero es que niega la posibilidad de que estemos frente a una novela histórica; y la segunda es que afirma que estamos frente a una novela basada en los hechos de la realidad.

Con esta respuesta, el dictador parecía desconocer que se trataba de una novela, y que esta transita por los amplios senderos de la subjetividad. Acusó al autor de tergiversar hechos históricos, pero un novelista no le debe lealtades a la historiografía. El arte sirve al arte. Sobre este particular, Rondón (2007) afirma que “el dominio del instrumental lingüístico, la sabia utilización del arsenal mítico-simbólico de esas culturas, así como la capacidad imaginativa de los autores, les permite crear verdaderas obras literarias, alejándolos del panfleto o la creación por ‘compromiso’” (p. 186).

La pregunta es ¿hasta dónde confiarle la verdad histórica a una novela? Hasta ninguna parte. La historia que cuenta una novela ha de ser corroborada por las fuentes de la historia, puesto que ahí radica la diferencia entre un novelista y un historiador. Este último coartado por la verificabilidad de sus fuentes.

Finalmente, en este trabajo estamos frente al análisis de una novela testimonial y otra basada en hechos reales. Con esta demostración no pretendemos restarles el carácter ficcional a estas dos narraciones. Esto nunca ha estado en juego, ficción es ficción, aunque la naturaleza de ambas se enmarque en una posición que motive su comparación con las fuentes oficiales de la historiografía.

En *El Masacre se pasa a pie* puede identificarse elementos de la novela testimonial. Su clasificación como novela testimonial se dificulta debido al ejercicio de reconstrucción textual que tuviera que realizar su autor posteriormente. Según lo afirma en el prólogo de esta narración, escrito por el propio autor, En el prólogo de *El Masacre se pasa a pie*, Freddy Prestol Castillo explica la génesis de esta novela. Dice que la fue escribiendo conforme iban pasando los días de la masacre de 1937. Reproducía conversaciones y se encargaba de ser un notario estricto de la realidad. Dice en el prólogo que la hermana del autor, temerosa de las investigaciones de la tiranía, enterró el manuscrito: “Los policías tocaron a mi puerta imperativamente. Buscaban a un hombre. Otra vez tocaban. Mi hermana se llenó de miedo. Mientras mi madre abría la puerta, aquella corrió al patio con los folios y los enterró” (Prestol Castillo, 1989, p. 15). Fue desenterrado casi cuatro décadas después. Por efecto del enterramiento, era un amasijo ilegible: “era bien un rimerero de abono. Otra vez, quise llorar: hojas rasgadas, casi ilegibles; pedazos raídos por los insectos, trozos convertidos en estiércol” (Prestol Castillo, 1989, p. 16). Es por esta razón que, el autor, dice, tuvo que rescribirla haciendo un ejercicio de rememoración y de creatividad.

La falta de evidencias que contrasten esta noticia, según comentamos

anteriormente, complica la posibilidad de considerarla una novela auténticamente testimonial. Incluso Capdevila (2003) dice que posiblemente el prólogo sea una especie de telón de fondo que se añadió para justificar la novela. Independientemente de que pertenezca o no al híbrido o género testimonial, esta novela guarda rasgos de esta clase de narraciones. Entre los rasgos de novela testimonial presentes en *El Masacre se pasa a pie* se encuentran: a) es narrada por un testigo de los hechos que relata su experiencia y cuenta las conversaciones que escucha y describe los espacios que circunda; b) está basada en un acontecimiento que puede corroborarse en la historiografía; c) quien escribe es casi siempre un profesional de otra área que no es la literatura, en este caso un abogado.

3.5 Historia, novelación y testimonio en la base argumental de *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo

En la novela *Les semences de la colère*, Lespès relata la historia de varios campesinos que esperan la ayuda prometida por el gobierno haitiano para dedicarse a sembrar la tierra, en medio de un ambiente en que el recuerdo de la masacre marca su presente y su conciencia. *Les semences de la colère*, empieza con la descripción de un paisaje árido e inhóspito. Descrito por Lebas, el director del proyecto de construcción de la colonia agrícola para la reubicación de los refugiados de la masacre. Mil hectáreas para acomodar a trescientas familias sobrevivientes y los parientes de la matanza. La tierra era muy dura y el ambiente muy seco. La irrigación era cara, por lo que dejaría los futuros cultivos a merced de las esporádicas lluvias. La construcción empezó de todas maneras, una

vez empezó la lluvia se integraban grupos de 20 y 30 personas que procedían del Cibao. Venían porque allí todo estaba muy mal, “mataban sin cesar” decían. Para sobrevivir debieron dejarlo todo, porque a los ancianos los masacraron y no querían toparse nuevamente con los cadáveres de tantos niños. De Puerto Príncipe iban a visitar a los refugiados, a mirarlos como animales de circo. Una vez instalado el proyecto, se convocó a una reunión para informar a las 412 familias, y seguían llegando, que se les iban a entregar aproximadamente 336 metros cuadrados de tierra a cada uno. Algunos campesinos se quejan porque no podían venderla. Más tarde llega la decepción, pues por más trabajo que se invertía, el terreno no producía nada. Los refugiados empiezan a marcharse. Piensan en volver a dominicana, pero la frontera está cerrada y en ellos aún está muy fresco el dolor de haber perdido a sus parientes más cercanos. Simbert cuenta que de su mujer solo encontró la cabeza en la puerta de su casa, mientras a sus hijos los mataron y a él le cortaron el brazo derecho.

Una vez se acaba la sequía. La tierra sigue indomable, cuando no muy seca, tan húmeda que se vuelve un lodo líquido. En medio de estas lamentaciones sale a relucir la historia de Guilory y Lily, esta última nacida y criada en dominicana, había escapado por milagro a la matanza. Estaba muy enferma y su padre ya no soportaría otra pérdida. Llegó diciendo que allá sus dos hijos mayores fueron molidos a machetazos.

Por su parte, Lebas medita y conversa con Felipe, donde coligen que la situación de Haití es una trágica ecuación de salidas cerradas. Martín, por su parte, se opone a esa conceptualización. Argumenta que la gente común no se anda haciendo tantas preguntas existenciales, ni anda reflexionando tanto. La gente vive feliz con

lo que tiene, sin mayores complicaciones. Lebas aborrece este pensamiento aburguesado y acomodaticio, le asquea un planteamiento tan inhumano.

La discusión con Martín, inspiró a Lebas para seguir su propósito de sembrar en la colonia. Empezó los trabajos nocturnos del arado. Gracia y Domay sienten la felicidad y empiezan a imaginar la cosecha. La cosecha acababa de fracasar. La desesperanza se apodera de ellos, ahora maldicen y se echan en cara el hambre que han pasado y lo inútil que ha resultado todo el esfuerzo. Dos años invertidos para nada. Todos los campesinos se quieren marchar. El destino no importa, se irán a dónde sea. Lebas trata de convencerlos, de inyectarles un poco de espíritu. Justo en ese momento se oye la turba gritando que invaden los dominicanos a Belladeré y ahí empieza un enfrentamiento que deja dos muertos y diez heridos en la frontera.

Prestol Castillo nos cuenta el devenir de un joven de clase alta que lo exilian en la frontera dominico-haitiana, desde donde presencia el evento más significativo de toda su historia: el asesinato de miles de personas.

La novela *El Masacre se pasa a pie* empieza con un pórtico donde recoge las reacciones de los primeros dos lectores del manuscrito. El primero de ellos, el Doctor M. y el Padre Oscar. Luego de la lectura del manuscrito por el Padre Oscar, se percatan de que un texto de esa naturaleza puede significar la muerte del autor. Por esta razón, la hermana entierra el manuscrito. Tiempo después, hubo que arar la tierra para encontrarlo. Esto provocó que el manuscrito se deteriorara y de él quedara un amasijo de papeles destruidos que sirven al autor para reconstruir la novela.

El capítulo uno, comienza con la rememoración de extrañeza del maestro ante la palabra Dajabón. Se describe el enclaustramiento en el que viven los jóvenes de clase alta de la Capital entre los que se encuentra el protagonista. De repente los precios del azúcar bajan en la bolsa de valores, afectando notablemente la fortuna del padre del personaje principal, quien muere tiempo después.

El protagonista regresa a la ciudad a terminar sus estudios con muchas limitaciones financieras. Sin el dinero suficiente para pagar el impuesto de obtención del título de abogado. Esta situación lo obliga emplearse en el gobierno donde lo envían a Dajabón.

Una vez allí se encuentra con un pueblo de pocos habitantes, negros en su mayoría. Ya no había tantos haitianos desde que el Capitán Ventarrón inició el corte. Ahí el autor presencia el diálogo entre el Sargento Pío y el Capitán, donde se comunican la orden del “degüelle de cuanto Mañese jallemo”. El Capitán Ventarrón, cuyo abuelo había nacido en Haití, bebía para “soportar el peso de la tragedia”.

Se empieza a narrar la historia de Marcelle, haitiana escapada del corte quien no ha sabido nada de su padre, al igual que Santa Suriel, haitiana quien tampoco ha sabido nada de su novio haitiano: Daniel campesino dedicado al cultivo de la tierra que se llenaba de haitianos que eran amos de algunas tierras. El Sargento Tarragona había recibido la orden de terminar en candela: quemarlo todo después de matar.

La cédula sería la excusa. Los haitianos iban sin resistirse. Se integró Manuel Robert, joven guardia a la matanza. Don Sebuso se queja consternado con Doña Francina que le han matado a todos los

trabajadores. Hasta a Juanico, dueño de dos fincas ya listas para recoger, lo degollaron.

Así continuaban las cosas, la posada de Francina se convirtió en el centro de desahogo de los terratenientes del lugar que se quejaban de nuevo orden de las cosas: los permisos, los impuestos, las prohibiciones para traer mercancía de Haití... Por su parte, algunos de los guardias y ex presidiarios se quejaban borrachos de tener que convertirse en asesinos de la noche a la mañana. El caso de Don Miguel que enfrentó a los guardias para proteger a las haitianas que trabajaban con él y a las que quería cómo hijas propias. El caso del raso Patricio que huyó delirante ante la obligación de irse a matar haitianos. El caso de Juan Nazario, compañero de guerra del Sargento Pío que lo iba a matar, que le rogó a su ex colega que no les matara a sus hijos aunque fueran mitad haitianos. El Sargento los deja vivir con la condición de que se vayan a Haití. El caso de la Maestra Ángela Vargas en cuya escuela mataron a sus estudiantes que eran haitianos y castizos. El caso de Albert, ladrón de reses haitiano a quien degollaron a orillas del Masacre. El caso de Manuel Robert, a quien el asesinato lo había dejado irreconociblemente desmejorado.

Ha terminado la matanza y ahora los presidiarios son arrieros del Capitán Ventarrón. Ahora las vacas de los terratenientes muertos son propiedad del gobierno. Se escuchó el rumor de que a cada uno de los presidiarios les darían una vaca, un toro y una parcela. Parte del ganado huyó hacia Haití. Los presos están asustados. Cuando llegaron el Capitán y el Mayor dieron la orden de que se llevaran el ganado para Mao. Se decepcionan Bartolo y Juan De Dios. Expulsó el gobierno al Capitán Ventarrón por haber monopolizado las reses y el comercio del ron. Llegaron los jueces a investigar lo sucedido y su versión de los

hechos fue desfigurada. Un ministro de la Capital se encargó de que lo ocurrido quedara reducido a una lucha entre cultivadores dominicanos y negros haitianos.

El autor va atestiguando cómo se construía la farsa oficial que complacería a ambos estados. Al Haití diplomático que vendería por unas monedas a sus hermanos y la República Dominicana que pagaría una indemnización. El gobierno informó a Haití y a Washington que los responsables independientes de los acontecimientos fronterizos habían sido juzgados de manera legal y sentenciados por un tribunal competente. Los presidiarios fueron liberados por el gobierno. Su aporte a las causas de la patria, los hacía merecedores de la libertad. A Dajabón llegaron otros pobladores declarados vagos por sentencia. A ellos se les repartió gran parte de la tierra cultivada. Resuena nuevamente el caso de la Maestra Ángela a quien la calumnia de que ella se acostaba con el fiscal, infringida por el Mayor Ozuna provoca que el inspector de educación de Monte Cristi la destituya de su cargo. La maestra y Freddy se enamoran y cartean mientras él sigue enfermo recordando su pasado en la frontera. Intenta irse a Venezuela, pues lo perseguían por abandonar su puesto de oficial legal en la frontera. Al final, lo atrapan, y observa cómo le fabrican a él un expediente similar al de los reservistas o de cualquier otro opositor del régimen. Cinco años de sentencia. Fin de la historia.

4. Comentarios en paralelo de *Les semences de la colère* y *El Masacre se pasa a pie*

4.1 Literatura comparada en la masacre

En este capítulo nos detendremos en el

análisis comparado de *Les semences de la colère* y *El Masacre se pasa a pie* con la finalidad de analizar la focalización y la postura del narrador en ambas historias. Estas informaciones permitirán asir la interpretación a los fragmentos puntuales de la obra y, con ello, lograr un análisis fundamentado en el objeto y la estructura del texto literario. Según Bajtín (1999), “Por eso [porque el artista solo piensa en el producto de su obra] el artista nada tiene que decir acerca de su proceso creativo: todo él está en el producto creado, y lo único que le queda es señalarnos su obra” (p. 15).

La literatura comparada provee una herramienta que permite confrontar dos textos, dos países, dos áreas del saber para de allí generar una perspectiva nueva sobre un fenómeno artístico. Esto puede confirmarse en el criterio de Remak, citado por Enríquez Aranda (2010): “La literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de las fronteras de un país particular y el estudio de las relaciones entre la literatura y otras áreas de conocimiento o de opinión”.

Y empecemos por un poco de color. Observemos el tremendo paralelismo de la lluvia a ambos lados de una isla, que *Les semences de la colère* permite recrear la antinomia hombre-naturaleza en estas líneas:

De l’horizon strié d’éclairs, furieux, le tonnerre fonça et pilonna les montagnes. Alors, la pluie. Les premières gouttes léchèrent la terre assoiffée, et les bras agiles du vent tressèrent en hâte une dernière trombe de poussière et de feuilles (Lespès, 1970 p. 5).

[Del horizonte estriado de relámpagos, furiosos, el trueno, hundió y bombardeó los montes. Entonces se abatió la lluvia. Las

primeras gotas lamieron la tierra sedienta y los brazos ágiles del viento tejieron a prisa una última tromba de polvo y de hojas] (Lespès, 1990, p. 3).

Mientras, del otro lado, en *El Masacre se pasa a pie*, la ausencia de la lluvia evoca la desolación: “Y el conuco se secó totalmente por falta de lluvia. Salió del bohío. Su vista sólo alcanzaba a ver la yerba mala “Madame Michel” y la otra hierba maldita, resistente al sol, el pajón que llaman “Rabo de Zorra”” (Prestol Castillo, 1989, p. 106).¹

4.2 Aparición de la masacre por primera vez en cada novela

En el principio de *Les semences de la colère*, se presenta el retrato de los planes que tiene Lebas para iniciar el proyecto gubernamental de la colonia: “Él veía de nuevo las líneas generales del proyecto gubernamental que acababa de ser aprobado, la creación de colonias agrícolas con el fin de devolver a la tierra a los refugiados haitianos escapados de la masacre en territorio dominicano” (LSC, p. 2). No deja de llamar la atención que el narrador tiene conciencia de que el territorio donde perecieron las víctimas era dominicano, por lo que la línea fronteriza, aunque borrosa y en algunos casos invisibles, estaba clara en el imaginario haitiano. En este párrafo es la primera vez que menciona la matanza y se hace por el nombre con el que comúnmente la conoceríamos años después.

En *El Masacre se pasa a pie*, cuando se menciona por primera vez el hecho de la masacre, se le nombra de otra manera: “¿Qué ocurre en Dajabón?... “El corte”, pasaba en esos días. ¡El corte! ... ¿Qué era aquello?... Ni siquiera la misma mesonera... Después lo sabría todo” (EMPP, p. 22). Aquí “el corte” es una acción desconocida

que solo deja preguntas en un narrador que pasa de cambia su focalización de heterodiegética a homodiegética a partir de ahora. Mientras que en este punto el texto de Lespès solo menciona la masacre, en la de Prestol Castillo se aprecian los detalles descriptivos de la matanza.

En la narración haitiana abundan datos de la administración de la colonia agrícola. Sorprende que valga cien mil dólares el proceso de irrigación de las fincas y que dejaran de hacerlo para dejar el “Proyecto de la patria”, como lo llamaba el gobierno, en los medallaganarios brazos del azar. Pero la pretensión gubernamental no era realista. Depender de la lluvia en climas secos es una apuesta al fracaso. Los preparativos para el inicio no marchaban bien. El estudio de suelo había indicado que la tierra tenía un bajo nivel de nutrientes. Sin agua y sin una tierra árida, las condiciones para echar a andar un programa agrícola sólo se sostenían en la fe de sus agricultores. Aún así el proyecto seguía su curso. Es justo detenerse ahora en dos informaciones importantes que nos da la novela. En la página 2 vimos que el tema de la masacre de 1937 se menciona sin detalles. Sin embargo, en el cuarto capítulo nos encontramos con una visión de la masacre que no podríamos encontrar en la obra de Prestol Castillo: lo que sucede a los que se van de aquel lado. De ellos, Lespès cuenta:

Ils arrivaient sans arrêt depuis quinze jours par la grand´route qui sort tout droit de Belladère. Des transports partaient de la frontière et les débarquaient ici par groupe de vingt, de trente. Mais la plupart arrivaient à pied en longue file interminable, comme un grand troupeau sombre et silencieux chassé par l’orage (LSC, p. 22).

[Llegaban sin parar desde hacía quince días por la carretera que sale en línea recta de Belladère. Camiones de transporte salían desde la frontera y los descargaban aquí en grupos de veinte, de treinta. Pero la mayoría llegaba a pies en larga fila interminable, como un gran rebaño negro y silencioso expulsado por la tormenta.] (Lespès, 1990, p.15).²

En esta parte aparece el personaje colectivo por primera vez: “Luego las mujeres, con la chiquillería al rastro” (LSC, p.15). Aunque esta clase de personaje no es el tema principal de este análisis, este es un detalle que podría profundizarse en futuras investigaciones, así como el hecho de la mujer atada a los niños y la observación de que se trata de una prole abundante.

4.3 Éxodo de un lado y llegada de un rebaño del otro

¿Qué pasaba por la mente de este colectivo descrito como una masa conducida como un rebaño? “Habían caminado días y noches desde el Cibao hasta la tierra haitiana que no habían vuelto a ver desde hacía mucho tiempo” (p. 15). Este caso retrata lo que sucede con aquellos emigrantes que regresan al país de origen luego de muchos años de ausencia. Una situación relacionada, con la condición de que nunca había pisado Haití, la encarna Moraimé Luis en *El Masacre se pasa a pie*: en este caso, ella prefiere morir de este lado de la isla a irse a un terreno desconocido.

Los repatriados llegaron incrédulos y derrotados. A pesar de que “No sabían con certeza lo que se esperaba de ellos. Se les había dicho que el Estado los pondría a trabajar, que se les daría también una vivienda y un pedazo de tierra a su alrededor. Todo eso no era más que palabras

en las cuales ellos no creían. Pero, puesto que habían venido, no podían dejar de venir, sucedería lo que la suerte quisiera, la buena de Dios” (p. 15). Este fragmento retrata como ellos, como colectivo, se sentían repatriados. Unos, como lo puntualiza el narrador, que no podían dejar de regresar. La razón de esta desolación y negación a su realidad era que regresaban en contra de su voluntad: “Y ellos habían huido, abandonando sus propiedades, sus chozas, los campos y el ganado. Y muchos incluso debieron abandonar mujeres e hijos. En vista de que las cosas sucedieron tan rápido como un huracán por todo el país y que nadie había tenido tiempo de nada” (p. 16). Hay que notar el tratamiento, por segunda vez, de la masacre. Lespès se refiere a ella como “las cosas”, esas que les habían arrebatado toda la tierra que con sacrificio habían trabajado por diez años.

En *El Masacre se pasa a pie* esa repatriación se describe como un éxodo: “Ahora no hay peones haitianos. El haitiano desapareció desde que el Capitán Ventarrón inició El ‘Corte’. ¡El Corte! ¡Qué temblor y pavora vi en más de un labio grueso, afro-español, y en más de una articulación de sonidos ambiguos, pugnando por hablar claro el español, para demostrar que era dominicano quien hablaba! El corte es como decir, el Éxodo” (EMPP, p. 22). Vemos así dos caras de una misma moneda migratoria: Prestol Castillo presenta cómo y por qué se van los haitianos del territorio dominicano; Anthony Lespès muestra cómo y qué piensan aquellos que llegaron. El detalle en términos de estrategia narrativa está en que el autor haitiano sí se engalana en la focalización interna, poniéndole voz a la desesperanza de los personajes, mientras que el autor dominicano, aunque homodiegético, mantiene una focalización cero con respecto a lo que sucede en los pensamientos de los personajes.

4.4 Estrategia del tratamiento de la masacre hasta llegar a dar los detalles sangrientos del hecho

Este es el preámbulo a la nominalización formal de lo sucedido. La tercera vez que se habla de lo mismo, pero con nombre diferente: “No todos estaban allí cuando comenzó la matanza. A esos la noticia no les llegó. No, pero se les metió de lleno en la piel como un cuchillo cuando volvieron de nuevo al bohío saqueado y vieron, en tierra, la sangre cuajada de los cadáveres de niños, los cuerpos mutilados con las cabezas cortadas” (LSC, p. 16). Aunque esta es la tercera vez que se menciona la masacre del 37, por primera vez se entra en detalles descriptivos. Puede decirse que ahora el nombre de la matanza adquiere el relieve de asesinato trágico que tiene.

Puede observarse que Lespès asciende poco a poco para dar paso a los detalles sangrientos de la masacre. Por su parte, Prestol Castillo pone en voz de un personaje estos detalles. En *El Masacre se pasa a pie*, es también en la tercera ocasión de mencionar el hecho cuando aparece mezclada con la información de un acto terrible: “Acabo de recibí una jóidene serij: el gobierno ordena el degüello de cuanto “mañese” jallemo. No repete edpa ni pinta. Quémelos jata vivos. Ey! ... Saigento! ... ta jablando el Capitán Ventarrón! Un trago! ... y cuanto romo jalle, tráigalo! Ya uté sabe termine en la candela! ...” (EMPP, p. 23). Entonces vemos que aunque Prestol Castillo no prepara la entrada de la masacre progresivamente, sorprende la coincidencia de, como se dice popularmente, a la tercera sea la vencida.

Igual que entre el éxodo y la inmigración, se presenta una

complementariedad de la historia. Así sucede en estos dos episodios. El autor dominicano relata la orden, la postura del que tiene que ejecutar el mandato; el narrador haitiano presenta las consecuencias de esa orden del lado haitiano. Y vuelve la focalización como herramienta narrativa a aportar al lector informaciones que permite la construcción de un relato alternativo que sugiere una complementariedad.

Donde sí presenta su focalización interna el autor dominicano es cuando relata lo que significa para el Capitán Ventarrón ejecutar aquella orden de sangre: “Capitán Ventarrón no podía resistir el peso de la tragedia de la cual se hacía ejecutor. Tenía el encargo de teñir de rojo toda la larga campiña, los llanos y las lomas. Para asumir su papel de Atila, acudía al alcohol. ¡Matar a millares! Ancianos, niños y mujeres... ¿Por qué? ... ¡No lo sabía! ... Era una ‘orden ‘...’” (EMPP, p. 24). Volvemos a la idea de una lectura acoplada donde escuchamos la versión de la víctima y la del victimario. La ejecución de esta orden se reflejará en los rostros de los primeros en ser asesinados. En Lespès y en Prestol Castillo coinciden en señalar que quienes primero los primeros en morir son los niños. En la novela haitiana, los segundos en caer para engrosar el número de muertes son los que se encuentran en el otro extremo de la línea de la edad: “Y entonces, masacraron a los ancianos. A causa de las propiedades.” (LSC, p.16).

4.5 Cómo mataban y quienes lo hacían: Tales, personaje testigo en la novela haitiana y el narrador testigo en la novela dominicana

En la novela haitiana, el cómo y el quién se presentan de esta manera: “Lo cogieron en la cacería, contó él más tarde, dos guardias dominicanos, machete al aire.

Él huyó, corrió durante mucho tiempo, hasta el límite de sus fuerzas. Luego sin aliento, titubeó, vaciló un momento: se había caído. Entonces fue atacado a machetazos...” (LSC, p. 21). Se presentan guardias y machetes.

En la novela dominicana se devela esas informaciones de esta forma: “Por su parte los soldados, tragaban ron repetidamente. -Muchachos romo!... romo!... decía el sargento, mientras saludaba militarmente a los soldados, casi sin levantar el rostro. Todos bebían. Los negros iban a cumplir su sentencia de muerte, sin protesta” (EMPP, p. 32). Ambos autores coinciden con la forma y con el quién. Soldados y machetazos eran los responsables de ejecutar la orden del Generalísimo.

Lespès describe a través de Tales, quien había presenciado la matanza, en estos términos: “El se recordaba de los primeros días en Cocoye, donde sucedió lo más grave en toda la región fronteriza, porque eso sucedía en el frente, muy cerca, y que los heridos, los moribundos llegaban en masa sin parar y que él que no sabía dónde ponerlos, cómo alimentarlos, con qué curarlos, al faltarle los medicamentos necesarios. Los hombres también reventaban. Como moscas. De cincuenta a sesenta por día en lo más rudo de los acontecimientos. Cocoye era entonces una verdadera carnicería. Pero lo que más daba pena y partía el corazón eran los cadáveres de niños que era necesario lanzar apresuradamente por decenas en las cosas comunes a fin de resistir” (LSC, p. 20). Cuando el texto haitiano entra en materia para revelar la crudeza de los acontecimientos, se extiende en la descripción de los cadáveres infantiles.

En la novela de Prestol Castillo el énfasis trágico se detiene en las mujeres que

han perdido a sus parejas. Se puede observar en el caso del personaje haitiano Anta Suriel, que ha perdido a su novio haitiano Daniel, o en el de la haitiana Marcelle, quien no ha sabido nada de sus padres: “Marcelle no ha sabido nada de sus padres, desde la fuga...Anta Suriel, la negra reina, tampoco sabe de su novio haitiano” (EMPP, pp.24-25).

Luego, las descripciones son sobre asesinatos de hombres: “gritos de horror callados por la trágica muerte. Espanto, estertores. I silencio. I otra vez los gritos de los otros a los que les llegaba el turno. Uno grita: -No maá a mí...Yo dominiquen! -No matá... toma cuatt (ofrecía dinero) -Levanta el brazo...pamatá pronto! ... maldito 'mañé' - Ah bon die...” (EMPP, p.27). Tanto la descripción de Tales como la del sargento se ajustan a una misma diégesis narrativa, como si de alguna forma se tratara de una sola novela escrita dos manos.

En la narración dominicana se comenta el drama de los niños mestizos hijos de Yosefo: “Esta es la historia. Cuando iban a matar a todos, el Sargento Pío había detenido la horda de presidiarios. Yosefo Dis, y sus hijos, debían vivir. Desde luego esas gente debían irse a Haití” (EMPP, p. 47). En ellos aparece el símbolo del perdón y de la bondad. A través de ellos, por intervención de su padre dominicano, se vio la escasa bondad que habitaba en el corazón del Sargento Pío.

Más adelante, el autor dominicano pone de relieve la voz de los guardias: “Muchaho! Pa'lante... pa acabá con estos negro, con esta garrapata que han cojío la tierra de lo dominicano” (EMPP, p.27). Como se puede ver en esta alusión, la expropiación de los terrenos de los personajes haitianos se plantea como justificación para la masacre. Esto es así en

la novela de Prestol Castillo, pero no en la de Lespès.

Así también aparece en la novela dominicana la reiteración del consumo de alcohol de quienes ejecutaban la masacre: “El sargento gritaba dentro de su embriaguez, en el momento del sacrificio de los negros de Haití” (EMPP, p. 27). Este elemento no se encuentra en la novela haitiana.

4.6 Los haitianos mulatos ante la masacre

“Era domingo. Había gente que vino en carro desde Puerto Príncipe para verlos y enterarse, un poco como se iría a ver animales al zoológico” (EMPP, p.16). En esta parte de la historia, se toma el punto de vista de un periodista mulato, quien describe a sus connacionales. El periodista asume la versión oficial dominicana: “En el fondo, y a pesar de la broma, el pequeño periodista pensaba como el generalísimo. No 100 por ciento evidentemente, pero algo así como un 90 por ciento. (LSC, p. 18). Más adelante se incluso se perciben actitudes de este personaje en la línea discursiva que presentamos ahora: “¡Veinte mil muertos de un solo golpe! (...). Una decenita por aquí, otra por allá, y el engaño estaría hecho. Ni visto ni sabido” (LSC, p. 18). El reproche era por la forma y no por el número de víctimas. Y sus conversaciones con esos visitantes que llegaron de Puerto Príncipe reflejaban una actitud similar.

Los personajes dominicanos en *El Masacre se pasa a pie* asumen posturas distintas, dependiendo de su personalidad, intereses y temperamento. Tenemos por un lado al Sargento Pío, quien vocifera maldiciones a quienes asesina, a la vez que piensa dentro de sí que son buenos: “estos negros son buenos ... pero son ladrones!

Deben morir!” (EMPP, p.27). Otros, como Francina, reaccionan estos términos: “La noticia de la muerte de Moraime Luis a manos de los soldados, había abatido a Doña Francina ‘maldito gobierno’. ‘Pobre Moraime’” (EMPP, p. 39). Este crimen la deprime al punto de maldecir al gobierno en público, a pesar de que esto podría ser una sentencia de muerte.

4.7 Posiciones frente al contenido de la historia

Existe una relación íntima entre el autor y el texto narrativo. Bajtín (1999) dice que la actitud del autor hacia su personaje es una actitud propia del escritor: “La actitud arquitectónicamente estable y determinadamente viva del autor con respecto a su personaje debe ser comprendida tanto en sus principios básicos como en las diversas manifestaciones individuales que tal actitud revela en cada autor y cada obra determinada” (p. 13). En *Le semences de la colère*, se perciben tres maneras de plantear la realidad del haitiano que escapó de la masacre. Desde una perspectiva bajtiniana, la posición del autor es este diálogo, como en otros en la novela, se divide entre un personaje pesimista, uno optimista y uno neutral. Cuando se trata de tomar una posición frente a un tema, siempre hay una variedad de pareceres que dan la sensación de equilibrio. Por ejemplo, el personaje de Marín es siempre el que lleva la voz pesimista, el que blasfema y maldice, mientras Felipe y Andrés se intercambian las posturas.

Por otra parte, el héroe bajtiniano, el protagonista, es siempre el que busca un sentido filosófico y trascendental a partir de las oposiciones a través de las que los otros personajes perciben el universo.

4.8 La identidad y la acción del personaje

Ha sido mucha la tinta que ha corrido cuando se trata de explicar los cimientos sobre los que se construye la identidad. Cuando hablamos de identidad narrativa y de esos acontecimientos que provocan la toma de decisiones trascendentales en un personaje, hay que analizar dos vertientes: la coherencia de esa decisión con el comportamiento de ese personaje o lo contrario. En otras palabras, qué obliga a un personaje a tomar una decisión contraria a su propia seguridad física. Ricoeur (2013) explica este fenómeno como parte de la identidad dinámica: “hay un paso decisivo hacia una concepción narrativa de la identidad personal que se realiza cuando pasamos a la acción del personaje” (p. 141).

Veamos lo que sucede a Kwamén, uno de los campesinos sobrevivientes de la masacre que, no obstante, espera la oportunidad de volver a tierra dominicana: “Está decidido, dijo Kwamén, me voy mañana. Aureliano me dijo que la frontera está abierta. Si no, peor; sin embargo, trataré de cruzar...” (LSC, p. 39). Esta expectativa la tienen también Rosalvá, Simbert, Meré. Los cuatro habían sido repatriados, pero un acontecimiento narrativo pesó sobre ellos más que su propio patriotismo, más que la pena de un recuerdo de muerte. Es en la voz de un personaje sin nombre que se explica la sentencia de Ricoeur (2013) cuando dice: “la identidad del personaje se comprende trasladando sobre él la operación de construcción de la trama aplicada primero a la acción narrada; el personaje mismo – diremos– es ‘puesto en trama’” (p. 142).

Estos personajes están puestos en trama a partir de un dilema en que ambos implican la muerte: quedarse en Haití y morir de hambre o irse a la República

Dominicana y correr el riesgo de que los maten allá. Solo el recuerdo de lo que un día tuvieron del otro lado de la isla es motivación suficiente para alimentar el deseo de regresar: “Nadie nació con la tierra en la espalda. En la Dominicana. Sólo Dios sabe, uno no era rico, pero se comía” (LSC, p. 39). Haití y Santo Domingo son los dos un espacio y un tiempo narrativo que funciona como base en que descansa el punto de giro en la identidad de un personaje.

Estos personajes solo querían regresar para recuperar un pasado que ya no existía. El objeto, si hablamos en los términos de Greimas, es idealista. Por otro lado, y fiel a las oposiciones en las que Lespès maneja la arquitectura de esta historia, están los personajes que tienen otro objeto. Su función dentro de la trama narrativa es la de oponerse a aquellos que quieren retornar pacíficamente. Estos otros quieren retornar para vengarse. Aún siendo Simbert un personaje que busca venganza, aparece un intermediario que procura establecer el equilibrio. Este aconseja, aunque más por el bienestar de su amigo que por estar en desacuerdo con su impulso.

Vemos cómo la identidad narrativa se forma a partir de los acontecimientos y cómo actúa sobre uno y otro personaje. Uno tiene un ideal atado al pasado y, el otro, fruto de otro pasado más reciente, busca un futuro de venganza.

Este diálogo claramente ilustra cómo la narración, lo sucedido, imprime su sello en la identidad de los personajes, ya sea para volverlos asesinos o para reivindicarlos en su postura ante la vida. Básicamente son dos inquietudes, dos formas de ver lo que la realidad los impactó. Uno se ata a un recuerdo bucólico; otro se ata a un recuerdo de sangre que aún no logra asimilar.

4.9 La masacre en la voz de los testigos: el testimonio de Solón

Solón, en *Le semences de la colère*, ofrece su testimonio. El personaje cuenta que se echó a correr y que cuando llegó a su casa encontró todo negro. Volvió a salir y escuchaba gritos. Vio el cadáver de un niño en el techo. Siguió corriendo. Veía casas quemadas. Escuchaba a una gran multitud ebria. Aquí coincide con *El Masacre se pasa a pie*, donde el ron es un eje actancial, una fuerza que imprime coraje a los reservistas y a los militares. Solón vio como dieron a María un machetazo en la espalda. Cuenta que, de preferencia, cortaban en brazo derecho para que las víctimas pudieran volver a cortar caña. Narra cómo María, con su muerte, logró salvar a uno de sus hijos. Luego dice lo que le relataron sobre el asesinato de su mujer: Meré le contó que Elviná fue valiente y que se defendió hasta el último momento.

A este desahogo, el más largo de todo el libro, Maluco suspiró: “¿No es esto un crimen?” (LSC, p. 69). Pero aún reconociendo la atrocidad, le recomendó que no se fuera, a lo que Solón responde: “Aquí no puedo hacer nada. No puedo trabajar, manejar la azada, bajarme a la tierra con esa cabeza rodante delante de los pies” (LSC, p. 69). Y esa misma noche salió de Haití.

Hay otro elemento que señala Ricoeur (2013), importante a la hora de configurarse la identidad narrativa, es la mirada del otro, ese otro “como yo” percibido como distinto. Esta mirada del otro, o de los otros con respeto a uno y otro personaje, se ve muy clara cuando Marín dice:

Los campesinos no son tan desdichados como usted pretende. No tienen las necesidades de usted.

Es una profunda equivocación analizarlos con su lógica, con sus concepciones, sus reacciones psicológicas; en otras palabras, juzgarlos con su escala. Ellos son más sabios de lo que usted cree, y ellos no se dan cuenta en lo absoluto de esa servidumbre de la cual usted habla tan elocuentemente, si es que existe servidumbre (LSC, p. 46)

Fiel a su identidad narrativa, Martín plantea en los campesinos un otro distinto a él, a *sí mismo*, y distinto a Lebas, pero con los que comparten un espacio temporal y narrativo que los puede llevar a construir algo común, aunque con distintas escalas y posicionamientos jerárquicos.

4.10 ¿Cuánto vale la vida de un haitiano en ambas novelas?

Uno de los aspectos de la masacre que levanta discusión es el monto de la multa que Trujillo tuvo que pagar al gobierno haitiano. En la novela de Lespès se ironiza la cantidad al dividirla entre el número de víctimas; de esta manera cada haitiano muerto termina con un precio inferior al de un cerdo: “500,000 divididos entre 20,000 muertos da a 25.25 dólares por cabeza de ganado -Un buen cerdo cuesta 150 gourdes, observó Felipe Ilanamente” (LSC, p. 99). Y señala el resultado endiablado: “Es intolerable lo que sucede aquí.

Todos son como animales. Están aplastados dentro de una pobreza sórdida” (LSC, p. 90). Por su lado, en *La Masacre se pasa a pie* la referencia se complejiza con esta comparación: “Un preso vale menos que una becerra. Casi tanto como un haitiano” (EMPP, p. 113). Sin referencia a la suma que dinero que costó la masacre a Trujillo hay una estrategia para calcular el precio.

Las novelas *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, se construyen sobre un hecho histórico a partir del cual crean un espacio de desencuentro. Crueldad, muerte y abandono por un lado; tristeza, dolor y frustración, por el otro: “On voyait au loin les phares de l’auto tâtonner et fouiller dans la nuit comme une main aveugle. A une courbe brusque, on les vit balaférer les ténèbres dans la cour comme un orage, stoppait net, comme fracassé” (LSC, p. 214).

El Masacre se pasa a pie inicia con un viaje en el auto que traslada al narrador principal hacia un paisaje agreste y desesperanzador. No es extraño que *Les semences de la colère* empiece con otro auto entre breñales convulsos, como tampoco que termine con la misma imagen que empezó: un auto como luchando contra la tormenta, buscando a tientas en la noche *comme une main aveugle*. El auto es espacio y movimiento, es ese horrendo que conlleva a los personajes hacia la nada.

Conclusión

Las novelas *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, narran el anverso y reverso de una misma historia, que es la del genocidio ordenado por Trujillo en 1937. La novela dominicana muestra la voz de victimarios y sus razones, mientras que la haitiana presenta la de las víctimas y su estado físico y mental posterior a los hechos trágicos.

La masacre, en las dos narraciones, constituye una atrocidad, una pesadilla vivida en carne propia por las víctimas. En el texto haitiano se recrean los testimonios de los campesinos repatriados, la forma en la que cada uno se enfrentó el genocidio. En el

dominicano, se relata los testimonios de todos los actores: las víctimas y los victimarios pertenecientes a diversos extractos.

Cuando aparece por primera vez la masacre en ambas novelas, se cuenta de manera diferente. El autor haitiano la llama por su nombre histórico, “masacre”, y el autor dominicano, en la primera ocasión, la denomina “el corte”. Ambos narradores coinciden en el cómo y el quién: soldados y machetazos eran los responsables de ejecutar la orden del Generalísimo.

En el momento que el autor haitiano entra en materia para revelar la crudeza de los acontecimientos, se extiende en la descripción de los cadáveres de los niños. Cuando esto sucede en la novela dominicana, la narración se detiene en las mujeres. Esto refleja el impacto en la sensibilidad desde la óptica de las víctimas, así como la pretensión documental, amén del aspecto sensible, en el texto dominicano, contado desde el escenario, aceptado o no, del victimario.

La alusión a la expropiación de los terrenos por parte de los personajes haitianos solo aparece planteada como justificante de la masacre en la novela de Prestol Castillo. No así en la de Lespès. Esto se debe a que para las víctimas el terreno era el espacio para la vida, mientras que para los victimarios se trataba de un inmueble necesario para adquirir riqueza. En otras palabras, el haitiano *vivía* en la tierra y el dominicano atacante *necesitaba*, desde un punto de vista acomodado, la tierra.

En la novela dominicana la reiteración del consumo de alcohol de quienes ejecutaban la masacre es un elemento de peso, un elemento que no aparece en la novela haitiana. El uso del alcohol complejiza el cuadro operativo y

psicológico de los victimarios. La droga insufla inconsciencia, alegría, valor, por lo que en ocasiones dificulta definir el estado emocional de los atacantes.

En la novela de Prestol Castillo los personajes dominicanos presentan diversas posturas, dependiendo de su personalidad, de su temperamento o de sus intereses. Unos maldicen a los haitianos mientras los persiguen o atacan. Otros protegen a los haitianos o los ayudan a escapar. Unos se ciñen respetuosamente a los intereses del gobierno con relación a la orden marcial, mientras que otros protestan por los crímenes; en este último caso, aunque lo hacen veladamente, con su queja expresan el desacuerdo, lo que indica que el plan genocida era fundamentalmente sólo validado por el entorno oficial.

En el mito del eterno retorno, Mircea Eliade, en la novela de Lespès, aborda en uno de sus capítulos la normalización del sufrimiento. Habla del sufrimiento como inversión para la recompensa. Los personajes haitianos que piensan en regresar al lado dominicano del que escaparon milagrosamente, lo hacen desconsolados por el gran fracaso de la colonia agrícola. Aunque el dinero con el que se penalizó al gobierno trujillista estaba supuestamente destinado a crearle a los sobrevivientes entornos óptimos para rehacer sus vidas, la realidad es que la tierra y la buena voluntad del gobierno haitiano se negaron a colaborar con el éxito de la misión. En este contexto, el mito del retorno se robustece en la novela de Lespès cuando la mayoría de campesinos repatriados decide volver a su antigua vida, aunque su vida corriera peligro, pues la vida “para la mayoría, había quedado allá alrededor de los Centrales de la Dominicana”.

La República Dominicana y Haití pasan de ser dos países a dos símbolos. La

muerte en Haití era lenta, pero segura; la esperanza de vivir, de tener trabajo y comida en la República Dominicana se había manchado de sangre. De ambos símbolos quedó, tras la masacre y el fracaso de las colonias agrícolas haitianas, una huella más poderosa que el hambre.

Con estas ideas producto de la contrastación entre *Les semences de la colère*, de Anthony Lespès, y *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo, se cierra la primera de tres etapas sobre el estudio de la novelística dominicana y haitiana en torno al tema de la masacre de 1937. En virtud de la pertinencia histórica de este hecho atroz que determina en parte las relaciones entre dominicanos y haitianos, juzgamos necesario continuar con estos estudios comparados, de manera que el discurso no se limite al tratamiento del genocidio en estas dos novelas fundacionales, si no de otros textos novelísticos que representen el pensamiento relacionado con ese episodio hasta los tiempos actuales.

Notas

¹ A partir de este punto, para referirnos a *Les semences de la colère* usaremos las siglas LSC, y para *El Masacre se pasa a pie*, EMPP.

² La traducción proviene de la primera edición de la novela en lengua española, a cargo de Diógenes Céspedes. En lo adelante, por lo significativo, pertinente y por su apego al original de dicha traducción, a fin de hacer más fluido el texto, las citas de la obra de Lespès las haremos directamente de la traducción de Céspedes.

Referencias

Bajtín, M. (1989) *Teoría y estética de la novela*. Taurus.

_____. (1999). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores.

Balaguer, J. (1998). *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*. Editora Corripio.

Barnet, M. (1998) *La fuente viva*. Editorial Letras Cubanas.

Barthes, R. (1972). *Crítica y verdad*. Siglo XXI Editores.

Capdevila, L. (2003). Una novela-testimonio dominicana sobre la dictadura de Trujillo: *El Masacre se pasa a pie* de Freddy Prestol Castillo. *Amnis*. <https://doi.org/10.4000/amnis.465>

Clime, D. (2009) *1937: A cuchillos largos en el Caribe*. Editora Zer.

Enríquez Aranda, M. M. (2010) La literatura comparada y Los estudios sobre la traducción: hacia nuevas vías de investigación. *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, diciembre de 2010, (Vol. 20). https://www.um.es/tonosdigital/znum20/secciones/tritonos-3literatura_comparada_y_traducion.htm

Fournier Marcos, C. (2006). *Análisis literario*. International Thomson Editores.

Fuentes, C. (1993) *Geografía de la novela*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Fumagalli, M. C. (2015). *On the Edge. Writing the Border Between Haiti and the Dominican Republic*. Liverpool University Press.

Goldman, L. (1975). *Para una sociología de la novela. La frontera de la República Dominicana con Haití* (1946). Editorial La Nación.

Lespès, A. (1970). *Les semences de la colére*. Kraus Reprint.

_____. (1990). *Las semillas de la ira*. Fundación Cultural Dominicana.

Lukács, G. (1966) *La novela histórica*. Ediciones Era.

_____. (2016) *Teoría de la novela*. Penguin Random House.

Martínez, J. F. (2010). *Manual de historia*

crítica dominicana. Editora 9 de octubre.

Mejía, F. A. (1960). *Viacrucis de un pueblo. Relato sinóptico de la tragedia dominicana bajo la férula de Trujillo*. Talleres de la Editorial Jus.

Prestol Castillo, F. (1973). *El Masacre se pasa a pie*. Taller.

Ricoeur, P. (2013). *La memoria, la historia y el olvido*. Editorial Trotta.

_____. (2009). *Tiempo y narración II. El tiempo narrado*. Siglo XXI Editores.

Rondón, P. E. (2007). *Narrativas dominicana y haitiana: símbolos para una propuesta alternativa*. Editora Nacional.

Rodríguez, A. A. (2016). *Las teorías literarias y el análisis de textos*. Publicaciones & Fomento Editorial.

Vega, B. (1995). *Trujillo y Haití, Vol. II*. Fundación Cultural Dominicana.

Wellek, R., & Warren, A. (1959). *Teoría literaria*. Gredos.

